

# *Amor entre paredes blancas*

**Nombre:** Alejandro Moreno Sadornil

**Curso:** 2º de Bachillerato

**Nivel:** Bachillerato-FP

**Modalidad:** literario

**Centro docente:** IES Mediterráneo (Torrevieja)

*15 de marzo de 2020*

Hoy se ha decretado el estado de alarma. La incertidumbre y la inseguridad me invaden y pueden percibirse tanto en el bullicioso ambiente del hospital como en los pasos agilizados y las palabras a trompicones que me dirigen mis compañeros. Hace unos meses, especulábamos sobre la expansión del dichoso virus sin concebir que estuviéramos predestinados a salvar a la humanidad. A día de hoy, hay pacientes infectados por doquier y familias que depositan una responsabilidad adicional en el cuerpo sanitario, lo que convierte nuestro trabajo en una profesión no solo en aras de sobrevivir, sino también de mantener la esperanza de los seres más allegados a los contagiados. Además, sentimos la obligación moral de arriesgar nuestra propia vida para intentar asegurar la de los demás, lo cual hace de la vocación una virtud indispensable para seguir en primera línea de batalla.

Acaba de llegar más material médico. Tenemos a un total de ciento veintiocho pacientes ingresados, de los cuales diez necesitan subir a la planta de cuidados intensivos. Me dirijo hacia la sala en la que se encuentra la paciente número 5. No puedo discernir de quién se trata porque está girada hacia la ventana y viste una bata a juego con esas sábanas asépticas y ligeras que la cubren hasta el pecho. Asegurando la distancia de seguridad, llamo a la paciente para que sea consciente de mi presencia y para comunicarle los resultados de su última revisión. Asiente al escuchar mi voz y se reclina en la camilla con una mueca de lasitud, quizá debido a la monotonía que supone estar casi inmovilizada y aislada en esta sala durante varios días. Según figura en su expediente médico, se llama Claudia Salgado Núñez.

—Claudia, hemos observado que su estado no ha mejorado a lo largo de esta semana. Para evitar que siga empeorando, es necesario permanezca en reposo absoluto hasta nuevo aviso.

Su semblante de preocupación se acentúa. Cuando fuerzo la vista para ver su rostro con más claridad a través de mi pantalla protectora, advierto que ha debido de estar llorando durante mucho tiempo, pues sus ojos, azules como el océano, están hinchados. Pese a la aflicción y el desconsuelo que transmiten, su mirada es embelesadora. Lo es tanto que me quedo parado durante unos segundos, mirando a la joven con ojos escrutadores y el corazón roto, hasta que reacciono cuando escucho mi

nombre por megafonía. Necesitan mi intervención en otra sala, por lo que me despido de la paciente y le doy ánimos.

*20 de marzo de 2020*

Claudia. El recuerdo de su mirada permanece en mi mente. Aquellos ojos eran enigmáticos; había algo recóndito en ellos que absorbía mi atención. Cada vez que intento buscar un hueco libre en el trabajo para verla, me encomiendan nuevas tareas o mis compañeros abusan de confianza y delegan en mí algunos de sus quehaceres. Algo en aquella chica despierta mi curiosidad y son tales las ganas que tengo de conocer más sobre ella que decido presentarme en el hospital media hora antes del inicio de mi turno. Al llegar allí, me dirijo con celeridad a su sala habitual, la de la paciente número cinco.

—Buenos días, Claudia. Soy el doctor Martos, médico del servicio de urgencias. ¿Cómo se encuentra? —Tengo la sensación de haberla distraído de sus pensamientos, pues ha esbozado inconscientemente una mueca de sorpresa al escucharme. Cuando se esfuerza en responderme, el respirador se inunda de vaho y percibo de inmediato su dificultad para respirar—. Tranquila, tan solo he venido para saber si se encuentra mejor.

—Me siento más débil que ayer —señala con voz displicente.

—Atendiendo a los resultados de las pruebas que le realizamos, tiene las defensas más bajas de lo habitual y su salud no muestra señales de mejoría. ¿Su familia sabe cuánto tiempo lleva ingresada aquí?

—Mis padres son mayores y no he querido preocuparlos. Están muy alarmados por la evolución de la pandemia y no quiero afligirles más sufrimiento. Usted sabrá que los disgustos a una cierta edad pueden llegar a ser bastante perjudiciales. Tampoco quiero que vengan aquí y corran el riesgo de contagiarse.

—¿Ningún allegado suyo es conocedor de su estado? ¿Está casada, tiene hijos? —le pregunto, y no tardo en darme cuenta de que mi curiosidad ha trascendido a lo personal. Ella se limita a esbozar una ligera sonrisa y yo se la devuelvo con un nerviosismo más que flagrante.

Tan pronto como nuestras miradas vuelven a coincidir, noto que la atmósfera tan íntima que habíamos creado entre los dos se diluye, porque acaba de entrar uno de mis

compañeros para solicitarme ayuda con otro paciente al que he de practicarle la ventilación asistida. Ella se queda con la palabra en la boca, si es que tenía pensado responderme, y yo abandono la estancia junto a mi compañero, quien espero que no se haya percatado del tono tan personal que estaba adquiriendo nuestra conversación, ni mucho menos de la sonrisa de complicidad que hemos intercambiado antes de marcharme. Mis años de experiencia en este hospital me han hecho saber de primera mano que en nuestro gremio también hay tiempo para hurgar en la vida de los demás, y no estaba dispuesto a monopolizar el centro de atención.

*24 de marzo de 2020*

Una nueva oleada de contagios está saturando el hospital. Cuando termino la jornada laboral, recuerdo la conversación que mantuve con Claudia y las preguntas de índole tan personal que le formulé. Quizá le hiciera sentirse incómoda preguntándole si tenía hijos, así que decido ir a su habitación con el pretexto de informarle de su estado y la intención de poder comprobar si la molesté de verdad.

—Buenas tardes. Disculpe que ayer interrumpiera nuestra charla, pero me necesitaban en otra sala. Por cierto, traigo buenas noticias: sus constantes vitales han mejorado y el virus parece estar extenuándose poco a poco —Ella insinúa una cálida sonrisa y me responde que no, ni está casada ni tiene hijos. Me sorprende su memoria y, al haber sido ella quien ha retomado la conversación, me afianzo en mis sentimientos lo suficiente como para lanzar otra de mis preguntas—. ¿En qué trabaja?

—Me he incorporado este trimestre como profesora de literatura en un instituto de la ciudad. Me ha apasionado la literatura desde pequeña porque siempre la concebí como una vía de evasión. Antes de que nos confinaran en nuestras casas por la disruptiva alerta sanitaria, estaba leyendo una antología de poemas de Lorca que estaba enseñando a mis alumnos de Bachillerato, y hay un verso de un poema que nunca pensé que viviría tan de cerca y me ayudaría tanto estos días: “El más terrible de los sentimientos es el sentimiento de tener la esperanza perdida”. ¿No le resulta inspirador?

—Se nota que le apasiona la literatura, sí. Yo, antes de ser médico, estuve estudiando un grado en periodismo muy relacionado con el ámbito literario. Ante toda adversidad, como la crisis que estamos viviendo, siempre nos quedará esa fuente de inspiración a la que aferrarnos para mantenernos vivos.

Ella asiente y susurra un tímido “así es”. Aquella mujer conseguía que dejara a un lado mi faceta de médico para hablar con ella como si fuéramos amigos desde hace años. Pese a que las medidas de seguridad dificultaran nuestra comunicación, había sintonía entre nosotros y el cariño era mutuo.

*30 de marzo de 2020*

A medida que transcurren los días, hemos ido conociéndonos a raíz de aquella conversación sobre literatura, una afición que ha puesto de relieve nuestras afinidades hasta terminar sintiendo algo más, quizás enamorándonos. Yo mismo soy consciente de que un amor en tiempos de pandemia y en un hospital colapsado por centenares de contagiados es un tanto quimérico y arriesgado. Los dos coincidimos, sin embargo, en que nuestra relación nos fortalece ante la vorágine de malas noticias y el pesimismo imperante. Asimismo, la mejoría en salud de Claudia está siendo muy satisfactoria y yo, por mi parte, trabajo un sinfín de horas con la ilusión de poder verla al finalizar mi ardua jornada.

En sus horas de distracción, se dedica a leer poemas de Lorca, según ella, un escritor capaz de presentar un mundo que aún tiene cabida en nuestro devenir diario, así como de hacernos partícipes de la miseria social y las injusticias de nuestro mundo. También me ha comentado que existen muchos más paralelismos de los que pensamos entre su poesía y la actualidad de la que estamos siendo testigos. Definitivamente, es una mujer inteligente. Me siento afortunado de estar con una persona a la que le basta un buen libro para nutrirse de felicidad y olvidar el mal que está padeciendo. Ese amor a la cultura ligado a la resiliencia es lo que me cautiva de ella y también lo que la hace especial para mí.

*4 de abril de 2020*

Avanzo hacia la habitación de Claudia, cuya puerta ya divisé desde la lejanía. Me sosiega que el ambiente se disperse un poco una vez entrada la noche y el hecho de que algunos doctores ya comiencen a marcharse. De súbito, una enfermera me intercepta en medio del pasillo.

—Doctor Martos, la paciente número cinco necesita su intervención con urgencia. Lamento decirle que está teniendo fiebres muy elevadas y volviendo a padecer síntomas propios del coronavirus.

Mi atisbo de sonrisa desaparece al escucharla. Clavo mis ojos en los suyos intentando restar verosimilitud a sus palabras, cada una de las cuales son dardos directos a mi corazón. Quiero purgarlas de mi cabeza, pero me resulta imposible. Mis manos, aunque cubiertas con guantes, escurren su sudor sobre el picaporte de la puerta, al mismo tiempo que aprieto la manija con fuerza antes de accionarla. Llenando mis pulmones de oxígeno, y también de valor, entro en su habitación sin tan siquiera despedirme de la enfermera. En cuanto veo a Claudia, advierto que su aspecto es muy deslucido: está temblando y sus facciones denotan angustia y dolor. ¿Cómo es posible que su estado haya revertido en tales síntomas en tan poco tiempo?

—Claudia, no te encuentras bien, ¿verdad? ¿Desde cuándo te sientes así?

—He empezado a sentirme débil hará un par de horas. Una de tus compañeras vino hace poco, me suministró oxígeno y me informó de que permanecería en observación. Pero Carlos, esto está agravándose.

—Creo que lo mejor será trasladarte a la unidad de cuidados intensivos. Todo saldrá bien, ¿vale? Confía en mí, por favor —Ni siquiera sé cómo puedo transmitirle esa certeza, puesto que los médicos desconocemos la panacea contra el virus ni existe indicador alguno que marque el tiempo de vida de un contagiado.

Ella se quedó mirándome, como tratando de encontrar algún asidero de esperanza. Me gustaría deshacerme de este incómodo traje de protección para poder tocarla, abrazarla y sentirla, un deseo tan idílico que apenas perdura en mi mente. Me despido de ella y salgo de la habitación hundido en tristeza. Una vez fuera, escucho aplausos para el cuerpo médico del hospital, pero hoy ni tan siquiera me detengo, sino que me dirijo a mi coche con discreción. Me siento derrotado. La frustración de no poder ayudar a la persona a la que quieres es inconmensurable, porque sientes que toda la responsabilidad de que se cure recae sobre ti. Los aplausos cesan, las luces de los coches de policía dejan de titilar y yo decido volver a casa, donde dormir se convierte en mi única alternativa para no pensar. Me pregunto si esos poemas de Lorca de los que me hablaba me ayudarían a dejar la mente en blanco aunque tan solo fuera por un minuto. Dime, Claudia, ¿de veras servirían para ausentarte de mi pensamiento?

*13 de abril de 2020*

Claudia fue languideciendo con el paso de los días. Hace dos semanas que permanece en cuidados intensivos. Vivir así no es vida; no puedo conciliar el sueño ni concentrarme en mi trabajo. Tampoco soporto no saber cómo enfrentarme a un virus tan imprevisible que cada día se lleva a cientos de personas por delante. Aúno fuerzas para encontrar su camilla de entre toda la hilera de enfermos y alentarle a tomar decisiones.

—Claudia, deberías contactar con tus padres para que lo sepan, ya sabes, que estás en situación crítica.

—Carlos, por favor, no insistas. Ya sabes lo que pienso al respecto. No quiero que me recuerden así, con las facciones demacradas y conectada por todas partes a ese electrocardiógrafo. Simplemente prefiero que, por lo menos, perdure en su pensamiento la imagen de una chica feliz con proyección de futuro.

Las cuencas de sus ojos se humedecen y le tiembla la comisura de sus labios al articular las últimas palabras. Yo también me emociono, sobre todo por el coraje que me causa no saber cómo ayudarla, ya que no puedo obligarla a actuar en contra de su voluntad ni tampoco existe paso certero que pueda tomar ante esta enfermedad. Claudia parece no tener ganas de seguir hablando, así que me despido de ella y continúo con mi labor.

Seis horas más tarde, mis compañeros y yo decidimos comunicar al Ministerio de Sanidad que necesitamos más material médico para poder tratar al elevado número de pacientes con el que contamos. En caso de que no se nos proporcione, me aterroriza pensar cómo aumentará el número de víctimas. Ojalá todo esto acabe pronto. Mi cabeza no puede evitar pensar en Claudia al escuchar el discurso de comparecencia del presidente, según el cual una nueva ola de contagios está por llegar. De pronto, una enfermera me avisa de ver a Claudia cuanto antes. Me dirijo hacia su camilla, la misma en la que conocí a una persona que despertó la ilusión en mí hará cerca de un mes. Mi corazón se acelera conforme voy acercándome a ella tanto como la distancia de seguridad me lo permite. Levanta los párpados levemente para mirarme.

—Carlos, voy a morir, ¿verdad? —articula, mientras una lágrima brota desde sus cuencas inundadas y se desliza pómulos abajo.

Nunca hubiese querido responder a esa pregunta. Desearía poder cogerla de la mano y permanecer así todo el tiempo, pero es entonces cuando cierra los ojos y su brazo cae inerte. Se me cubre el corazón al escuchar el electrocardiógrafo emitir un pitido constante. Mis compañeros no tardan en hacerse eco de lo sucedido y, cuando llegan a la habitación, cubren su cuerpo entero con una manta. Yo permanezco obnubilado, sin creer aún lo que yo mismo acabo de presenciar y consumido por el dolor y la impotencia de no haber hecho algo para salvarla. Toda una desgarradora convivencia de sentimientos. Entonces, una enfermera me endosa comunicar a algún familiar la pérdida. Tecleo el número de la madre, el cual figura en el expediente médico de Claudia, y me acerco el teléfono a la oreja con la intención de decirle algo que no he asimilado todavía.

—Señora Núñez...

Entonces, es cuando he de armarme de fuerzas para trasladar una noticia que socavará profundamente a quien está al otro lado del teléfono, mientras empiezo a morir en vida al dotar de realidad mis palabras.